

Metáforas de una nación en crisis: una visión panorámica de la novelística del Nueve de Abril en la década del cincuenta¹

María Mercedes Andrade / Universidad de los Andes

Resumen

Este ensayo analiza cinco novelas colombianas de la década del cincuenta del siglo veinte, las cuales tratan el tema del “Nueve de Abril” (“Bogotazo”), la rebelión ocurrida en Bogotá el 9 de abril de 1948, tras el asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán. Las novelas son: *El 9 de abril* (1951) de Pedro Gómez Corena; *El día del odio* (1952) de José Antonio Lizarazo; *Los elegidos: el manuscrito de B.K.* (1953) de Alfonso López Michelsen; *Viernes 9* (1953) de Ignacio Gómez Dávila y *El monstruo* (1955) de Carlos H. Pareja. A pesar de las variadas tendencias políticas de estos textos, la autora considera que todas se apoyan en metáforas semejantes sobre la nación, ya sea para enfatizar la unión de la misma o su fragmentación. Según Andrade el cuerpo, especialmente el femenino, así como tramas que giran en torno al romance y al amor heterosexual, se utilizan repetidamente de manera metafórica para hablar de la nación.

Palabras clave: Literatura colombiana; novela; Bogotazo; Nueve de Abril; metáforas de la nación.

Abstract

This essay analyzes five Colombian novels written during the 1950s, which deal with the “Nueve de Abril” a rebellion (“Bogotazo”), that occurred in Bogotá on April 9, 1948, following the assassination of the Liberal politician Jorge Eliécer Gaitán. The novels are: *El 9 de abril* (1951) by Pedro Gómez Corena; *El día del odio* (1952) by José Antonio Lizarazo; *Los elegidos: el manuscrito de B.K.* (1953) by Alfonso López Michelsen; *Viernes 9* (1953) by Ignacio Gómez Dávila; and *El monstruo* (1955) by Carlos H. Pareja. In spite of the various political tendencies of these texts, the author finds that they rely on similar metaphors of the nation, whether to stress its unity or its fragmentation. According to Andrade, the human body, especially female, as well as plots revolving around romance and heterosexual love, are repeatedly used metaphorically to speak about the nation.

Keywords: Colombian literature; novel; Bogotazo; Nueve de Abril; metaphors of the nation.

El asesinato del político Liberal Jorge Eliécer Gaitán el nueve de abril de 1948, así como la rebelión popular a la cual condujo y que se conoce como el Nueve de Abril o el “Bogotazo”, ocupan un lugar crucial en la memoria colombiana y son concebidos como un momento de ruptura que, en palabras del sociólogo francés Daniel Pécaut, “simboliza la imposibilidad de avanzar hacia un reencuentro del pueblo y la nación” (*Crónica* 19). Dada su importancia dentro del imaginario nacional, la

literatura colombiana posterior ha retornado una y otra vez al tema del Nueve de Abril y distintos autores lo han plasmado en sus textos como un momento decisivo para la historia del país. Sin embargo, paradójicamente, ha sido olvidada en su mayor parte la producción literaria escrita a la luz de los sucesos mismos del Nueve de Abril en los años inmediatamente posteriores a este evento, años decisivos en la historia colombiana ya que corresponden al período durante el cual la violencia política en las áreas rurales llegó al nivel de una guerra civil no declarada que se conoce como “La Violencia”.

El descuido relativo de la narrativa producida en torno al Nueve de Abril en los años posteriores es especialmente problemático si se tiene en cuenta que dichas novelas sientan las bases para la manera como se narrarán los sucesos del Nueve de Abril en textos posteriores, y que estas novelas constituyen los antecedentes, con frecuencia no reconocidos, para una amplia variedad de textos subsecuentes que giran en torno al Bogotazo. Las novelas escritas a los pocos años del evento proponen una serie de lecturas del asesinato de Gaitán y de la rebelión del Nueve de Abril, así como un conjunto de metáforas para describir la situación nacional, a los cuales no sólo acudirán textos posteriores que aún sin saberlo se apoyan en ellas, sino que proponen interpretaciones de los hechos que han llegado a formar parte del acervo nacional. Por ello, la recuperación de la narrativa del Nueve de Abril en los años inmediatamente posteriores es una tarea fundamental para la historia de la literatura colombiana, y así ha comenzado a ser reconocida por la crítica contemporánea². Dicha recuperación implica una revisión y posiblemente una reconfiguración del canon de la literatura colombiana, ya que la lectura de algunas de estas novelas ha llevado a que sean valorados textos que habían caído casi por completo en el olvido.

Por otra parte, la narrativa sobre el Nueve de Abril escrita en los años inmediatamente posteriores tiene mucho que decirnos acerca del significado que se le asignó a estos hechos en su momento, y por ello su relectura es fundamental para todo aquel interesado en entender la sociedad que los produjo. Si bien es cierto que el Nueve de Abril es una referencia obligada para el estudioso de la cultura colombiana, es innegable también que se trata ya de un hecho distante en el tiempo, que ha cobrado un significado a la luz de hechos posteriores. Para los escritores de la época, sin embargo, se trata de un evento traumático y sin precedentes, y es por ello que los autores de dichas novelas se esfuerzan por entender eventos de una enorme magnitud, para los cuales no existen aún parámetros explicativos. Su mirada logra capturar el sentido de urgencia con el cual se vive el Nueve de Abril, y sus textos le permiten al lector contemporáneo comprender su importancia y el significado que tuvo para la sociedad de la época. Por ello, cualquier estudio acerca del Nueve de Abril, no sólo literario, debe por fuerza pasar por la

lectura de estos textos, ya que tienen mucho que aportar para la comprensión de la cultura colombiana de los años cuarenta y cincuenta del siglo pasado.

El siguiente ensayo presenta una visión panorámica de los textos de la novelística escrita en los años inmediatamente siguientes al Nueve de Abril, durante la década del cincuenta, y en los cuales el tema aparece retratado. Si bien estos años no corresponden a un período histórico delimitado de manera estricta, la selección de textos obedece al interés por analizar novelas escritas en un tiempo cercano a los hechos mismos, durante la época correspondiente al crecimiento del fenómeno de “la Violencia”. Los textos que discuto a continuación no tienen, como resultará inmediatamente evidente, una misma perspectiva acerca de los sucesos que relatan. Sin embargo estas novelas, en su misma diversidad, reflejan una serie de concepciones acerca de la sociedad de la época, así como de la crisis política y social en la cual el país se encontraba inmerso. Dejo en claro que no pretendo aquí utilizar los textos literarios como ilustraciones veraces de hechos históricos, sino más bien como ilustraciones de discursos de la época en torno a lo político y lo social. En particular, me interesa explorar de qué manera los textos que estudio recurren a ciertas referencias a lo corporal y/o al amor heterosexual para hablar de una situación de carácter nacional. Las novelas que analizaré, en orden de publicación, son las siguientes: *El 9 de abril* (1951) de Pedro Gómez Corena; *El día del odio* (1952) de José Antonio Lizarazo; *Los elegidos: el manuscrito de B.K.* (1953) de Alfonso López Michelsen; *Viernes 9* (1953) de Ignacio Gómez Dávila y *El monstruo* (1955) de Carlos H. Pareja³

En su clásico estudio *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism* Benedict Anderson define la nación como “an imagined political community – and imagined both as inherently limited and sovereign” (6). Anderson enfatiza de qué manera los miembros de una nación, sin conocerse entre sí, se conciben a sí mismos como vinculados por un sentido de camaradería y solidaridad que va más allá de sus eventuales diferencias sociales. Más adelante señala de qué manera, a pesar del carácter socialmente construido de toda comunidad nacional, al hablar de nación se suele recurrir a metáforas naturales y biológicas relacionadas con el parentesco y la familia –“motherland, Vaterland, patria” (143) –, de tal forma que los vínculos entre los individuos de una nación son descritos como si brotaran de manera espontánea, enfatizando así lazos afectivos tales como el amor y la solidaridad (144). En los textos dedicados al Bogotazo, dichas metáforas relacionadas con lo biológico, lo corporal, la familia y la pareja heterosexual se utilizan de manera recurrente, bien sea para hacer énfasis en una unidad nacional de hecho o venidera, así como para hablar de su imposibilidad. Cuerpo y nación, propongo, aparecen directamente vinculados en todas las novelas mencionadas.

A pesar de tener perspectivas políticas diametralmente opuestas, novelas como *El 9 de abril* de Pedro Gómez Corena y *El monstruo* de Carlos H. Pareja recurren a lo que Doris Sommer llamara “ficciones fundacionales” (*Foundational Fictions*, 7), donde el amor de la pareja heterosexual se convierte en el emblema de la nación y de la posibilidad de superar los obstáculos que se oponen a su integración. Es decir, ambas propondrían la superación de conflictos políticos y sociales a nivel nacional a través de la utilización metafórica del romance y el idilio, que

representarían ya sea el retorno a un orden establecido o la instauración de un nuevo orden social y político. Como señalan Nancy Appelbaum, Anne S. Macpherson y Karin Alejandra Rosenblatt, es importante reconocer que en América Latina existía desde el siglo XIX una tradición que invocaba el género alegórico y metonímicamente, “asserting national belonging through familial and sexual metaphors that likened the nation to a family and the bonds of citizenship to the magnetic pull of sexual desire” (“Introduction” 15), y que dichas novelas se inscribirían dentro de esta tradición⁴.

La primera de las novelas mencionadas, *El 9 de abril*, se centra en las intrigas diplomáticas que rodearon a la Conferencia Panamericana (“Conferencia Interamericana”, en la novela) que se llevaba a cabo en Bogotá cuando estalló la rebelión, y cuyo propósito, liderado por los Estados Unidos, era lograr una alianza contra el comunismo. Esta novela repite la versión oficial sobre las causas del Nueve de Abril que circulara en la época, versión proclamada tanto por el entonces Presidente de Colombia, Mariano Ospina, como por la Embajada Estadounidense, y según la cual la rebelión había sido el resultado de una “conspiración del comunismo internacional” (*Mataron a Gaitán*, 349). Los protagonistas de *El 9 de abril* son el Asesor Primado de la Conferencia, Oscar Medeira y su esposa Hortensia⁵. Según el narrador, Hortensia es el modelo perfecto de mujer buena, casta, elegante y generosa. Con frecuencia se ve obligada a excusar las infidelidades de su apuesto marido, las cuales ve “como faltas disimulables en cualquier chiquillo” (16), constituyéndose así en un ejemplo perfecto de lo que Evelyn P. Stevens ha llamado “marianismo” (9)⁶. Sin embargo, Medeira cae en las redes de Alejandro Ogareff y su esposa Marfa, una pareja de embajadores provenientes de un país comunista ficticio, pues se deja seducir por la Ogareff sin comprender que ella y su esposo planean el asesinato de Gaitán (“Eleazar Gaihalá”, en la novela), y que posteriormente quieren incitar al pueblo a cometer los “desmanes” del Nueve de Abril. La abnegada Hortensia, por otra parte, descubre que la pareja extranjera le ha robado a su marido ciertos documentos comprometedores relacionados con la Conferencia y que destruirían su honor, e intenta recobrarlos en casa de los Ogareff. Marfa la ataca y la deja amarrada, mientras Oscar y Germán, el hijo adoptivo de la familia Medeira, van en busca de Hortensia en medio de la rebelión. Logran salvarla del incendio que devora la mansión y a la salida recuperan los papeles robados del cadáver de Marfa.

La familia de Oscar Medeira, Hortensia y Germán, quien en realidad es hijo ilegítimo de Oscar, aparece en la novela como modelo de la nación. Esto se pone de relieve en la escena final de la novela, cuando Oscar le dice a su esposa, mirando al niño: “¡Bésalo! ¡Es nuestro hijo. Mío carnalmente, y tuyo porque has sabido infundirle tu espíritu!” (*El 9 de abril* 167). La familia se abraza, “formando los tres así un solo todo” (167), mientras la ciudad arde a su alrededor. La familia Medeira representa aquí de manera emblemática el orden que logra triunfar e imponerse de nuevo en medio de la amenaza de aquellos factores externos que buscan desestabilizar al sistema familiar (patriarcal), así como al sistema político y al orden de la nación. De la misma manera como la estabilidad de la familia se ve amenazada por esta mujer seductora, el orden social se ve trastornado a causa de elementos externos que se han infiltrado en la nación.

Para Gómez Corena, si bien el Nueve de Abril “murió la fe en la honradez de un pueblo” (168), en última instancia la unidad de la nación logra triunfar tras la revuelta. El autor disculpa las acciones cometidas aquel día, responsabilizando de ellas a la “infiltración de elementos dañinos de toda clase” (140) y argumentando “el criterio primitivo del pueblo” (141), cuyos miembros se asemejan a “fieras obedientes al domador” (154). En última instancia, así como Hortensia perdona a su marido, Bogotá “no exige credenciales para adoptar hijos ingratos que le escupan la cara... ¡Es madre generosa y abnegada que todo lo perdona!” (168).

Desde una perspectiva política contraria, la novela *El monstruo* de Carlos H. Pareja hace uso del tema romántico para hablar de la unidad nacional, en este caso de una unidad utópica, aún por venir. En dicha novela el asesinato de Gaitán ha sido planeado por agentes oscuros del gobierno, liderados por un congresista a quien todos llaman “El Monstruo”, apodado con el cual, como es bien sabido, se conocía a Laureano Gómez en su época. El abogado gaitanista Cesáreo (César) Martínez Perdomo es testigo de la conspiración de los agentes del Monstruo para asesinar a Gaitán y luego linchar al asesino para borrar sus rastros, incitando a la rebelión. Martínez pretende guiar al pueblo hacia la revolución, pero pronto comprende que los agentes del Monstruo se han encargado de sabotearla, abriendo las licorerías para desviar la atención de los amotinados.

El pueblo no aparece descrito en esta novela en términos positivos. Al igual que en *El 9 de abril*, se trata de un pueblo manipulable, susceptible de ser utilizado por elementos perniciosos. Sin embargo, a diferencia de la novela anterior, se trata de “un país neurótico, de organización social injusta, corroído por la miseria, los vicios, el resentimiento y los odios de clase” (58). Podría decirse que el Monstruo es un síntoma de aquella sociedad anómala, la cual se convierte en el “caldo propicio para que prosperaran sus anomalías psicológicas” (58): el Monstruo es la encarnación de todas las anomalías de la sociedad que lo produce. Es coherente con esta visión negativa del pueblo colombiano el que la tragedia del Nueve de Abril sea para el protagonista “un castigo que Dios enviaba sobre una nación mal constituida, llena de egoísmos e injusticias, que había olvidado la moral de Cristo, falseado la moral y burlándose de las divinas enseñanzas” (77). Dada esta situación la novela se ocupará de proponer modelos para la posible redención de la sociedad.

La posibilidad de redención de la corrupción nacional aparece en el texto a través del romance entre dos personajes, César y Cristina. Ella es una mujer de clase alta que ha estado vinculada al gobierno por sus amistades y relaciones personales, y que carece de convicciones políticas. César la conoce en medio del Bogotazo, cuando su amiga es asesinada mientras ambas intentaban saquear un almacén elegante. César la ayuda a llevar el cadáver al hospital y luego la esconde en su casa. Rápidamente se enamoran y la mujer se transforma completamente, adquiriendo las mismas convicciones de César. La identificación entre Cristina y la posibilidad de una nueva sociedad se hace explícita en la novela cuando César le dice, tras describirle la corrupción de la situación actual: “Veo en ti un símbolo de la sociedad de que te hablo, aunque en verdad eres su víctima. Como ella, estarás

condenada a la perdición si no hace un renunciamiento supremo. Y eso es lo que este país necesita hacer: una expiación” (100).

Después de que el gobierno logra dominar la rebelión, César es apresado y torturado. Sin embargo logra fugarse con Cristina, ahora embarazada, y sus dos hijos de un matrimonio anterior. Se convierten en guerrilleros en el Tolima, desde donde luchan contra el gobierno tiránico del Monstruo. Esta unión idílica en el campo es un nuevo comienzo para la pareja y para el país: “Sí, ahora eran libres. Y eran puros” (153), dice el narrador. Sin embargo, la nueva sociedad que la familia y sus compañeros guerrilleros representan no se concreta. Aunque el Monstruo abandona el gobierno, le sigue en el poder el general Ureta (Urdaneta, en la realidad) y finalmente el comandante de las Fuerzas Armadas, cuyo verdadero nombre era el de Gustavo Rojas Pinilla. Este último traiciona a los guerrilleros, invitándolos a rendirse. En la entrega fallida mueren César, los dos hijos de Cristina y su hija, Paloma, rompiendo así la posibilidad de reconciliación y de justicia social encarnada por la familia. La novela concluye con una Cristina guerrillera, que pide desenterrar las armas y continuar la lucha: “El Monstruo no ha muerto; su espíritu sigue mandando todavía” (218). Así, la posibilidad de reconciliación nacional se proyecta hacia el futuro.

Podría decirse que novelas como *Viernes 9* y *Los elegidos* utilizan la misma noción de ‘ficción fundacional’ que se puede detectar en los dos textos anteriores, pero que lo hacen justamente para mostrar la fragmentación de la comunidad nacional y la imposibilidad de lograr la reconciliación. Así, estos textos partirían de la idea de un romance imposible para referirse a una sociedad incapaz de lograr la unión. En *Viernes 9* dicha imposibilidad aparece de manera doble: el personaje principal, Alfredo, es un burgués respetable, dueño de una ferretería, que lleva años casado con Blanca mientras mantiene un romance con una mujer de origen social dudoso, llamada Yolanda. Así, el protagonista se encuentra ante la encrucijada de mantener el orden social, representado por su esposa e hijas, o lograr un nuevo tipo de unión amorosa, que equivaldría en el texto a una superación de las diferencias sociales y de los prejuicios propios de su grupo social. Al inicio de la novela Alfredo ha decidido abandonar a su esposa y fugarse con Yolanda al cabo de tres días, el nueve de abril. Sus planes comienzan a tambalearse cuando un ex-amante de Yolanda comienza a perseguirlos para frustrar sus planes. Desesperado, Alfredo decide atropellar al hombre justo en el instante en que estalla la rebelión.

La rebelión del Nueve de Abril es para el protagonista un evento traumático, pero a la vez le permite alcanzar una visión privilegiada de su propia situación y de su sociedad, ligando su comprensión de lo personal y afectivo con la realidad de la nación. Así, Alfredo contempla la “locura” que sucede en las calles y concluye que “Yolanda no había sido otra cosa que algo de esa locura que ahora vivía en toda su plenitud” (177). Su encuentro con ella confirma esta intuición, pues la mujer le revela su verdadero desprecio hacia él y todos los de su clase, encarnando así el resentimiento de los sectores populares: “Sí, he sido prostituta; lo confieso, y hoy es el día de nuestro triunfo; he vendido mi cuerpo por dinero. Y ¿qué? ¡A mucho honor lo tengo! Por lo menos, he sido sincera conmigo misma, y lo he hecho por necesidad, porque tú y los de tu calaña me llevaron a ello” (186).

El cuerpo explotado de la mujer se convierte aquí en el símbolo de la opresión social que Alfredo había intentado ignorar.

Al igual que la relación con Yolanda y lo que ella simboliza resulta imposible, la relación entre Alfredo y Blanca tampoco puede prosperar. Alfredo lo comprende cuando logra hablar con su esposa por teléfono y se sorprende ante las expresiones de odio hacia el pueblo de su esposa, y ante sus deseos de venganza. Aquella otra ficción, la de un modelo social estable y jerárquico, también debe ser abandonada. La novela no propone alternativas claras, pues al final del texto Alfredo se pierde, y al parecer muere, en la oscuridad de la noche del Nueve de Abril.

De manera similar en *Los elegidos* se utiliza la imposibilidad de un romance entre personas de clases sociales diferentes como representación metafórica de la fragmentación nacional. Cabe anotar que la novela de López Michelsen no se ocupa directamente del Nueve de Abril, sino que se sitúa en los años anteriores al mismo, durante el gobierno del presidente Eduardo Santos, que corresponde a la Segunda Guerra Mundial. Más concretamente, en la novela el Bogotazo sólo aparece en un episodio aislado, como una pesadilla premonitoria del personaje principal. El protagonista de la narración es B.K., un refugiado alemán que se convierte en el observador de los altos círculos de la sociedad bogotana. A través de él, López Michelsen narra las expropiaciones de los bienes de aquellos señalados por la embajada estadounidense como sospechosos de pertenecer al eje fascista, las cuales culminaron con su reclusión en una finca/prisión en el pueblo de Fusagasugá. Aunque la novela termina antes de 1948, el autor se sirve de este personaje extranjero para llevar a cabo una dura crítica de la alta sociedad bogotana incapaz de afrontar el desastre que se avecina, de modo que el Nueve de Abril está tácitamente presente en la novela como un presagio, más concretamente, como un sueño premonitorio que tiene el personaje de B.K..

Las descripciones de B.K. sobre la alta sociedad bogotana se centran en el deseo de este grupo de separarse del resto de la nación. Así, por ejemplo, el protagonista describe cómo “tienen la costumbre de hablar en una lengua que no es la materna, como si desvincularse del resto de sus connacionales sirviera para realzar todavía más su preeminencia social (47). Igualmente el protagonista nota su superficialidad, su afición al dinero fácil y su promiscuidad. En contraste, B.K. ve un mundo diferente a través de Olga, una manicurista, y de Inés, una secretaria, quienes representan para él “el verdadero país, el que buscaba y el que he acabado por querer y admirar en el transcurso de los años y de mis experiencias” (81).

B.K. busca acercarse a Olga con la esperanza de que “el amor físico, tan elemental en todas las latitudes como en las propias aguas, [podría] llevarme a territorio alguno, en donde las pasiones no conocen fronteras ni lenguas” (54). Esta posibilidad de reconciliarse con el nuevo país a través del amor romántico, que a la vez representaría la posibilidad de atravesar las barreras sociales, no es sin embargo una alternativa dentro de la novela. B.K. fracasa torpemente en su empeño, al no comprender que las diferencias sociales y económicas entre ambos son realmente insalvables. Así, B.K. no entiende que la afirmación de Olga acerca de cómo las necesidades económicas la obligan a tolerar situaciones comprometedoras se refiere también a él: “hay que estar coqueteando a los clientes, halagándolos, haciéndolos creer

que uno va a salir con ellos, porque si me invitan a salir y les digo que no, se disgustan y no vuelven” (92). B.K. insiste en invitarla repetidamente, logrando sólo sus evasivas cortesías. La posibilidad de un romance nunca llega a concretarse y se diluye sin mayores aspavientos, pues la reconciliación metafórica a través del amor en una nación fragmentada no es posible en una novela que resalta las divisiones.

Podría decirse que en todas las novelas discutidas hasta ahora no sólo el romance y su posibilidad o imposibilidad representan una determinada imagen de la nación, sino que en general el cuerpo, y en particular el cuerpo femenino, simboliza en estos textos la felicidad o infelicidad de la unión nacional. Como señala Tina Escaja, ya desde el siglo XIX, en el imaginario patriótico el cuerpo de la mujer “se instrumentaliza para servir a los postulados de una nación y expresión americanas” (62). En las novelas anteriores relacionadas con el Nueve de Abril el cuerpo de la mujer se utiliza para representar la nación, ya sea a través de su fortaleza, como en el caso de Hortensia y Cristina, o a través de su explotación, como en el caso de Olga o Yolanda.

Dicha utilización del cuerpo femenino humillado como símbolo del sufrimiento de la nación se hace aún más explícita en la novela *El día del odio*. En este texto Osorio Lizarazo se centra en el personaje de Tránsito, una joven campesina que llega a la ciudad de Bogotá, para narrar el padecimiento del pueblo, ya que en ella se encarnan todas las vejaciones posibles. Así, el narrador afirma que ella “no era sino la síntesis de un dolor humano hostilizado por todas las fuerzas morales y materiales que sostienen y estructuran la organización social” (225). Siendo casi una niña, Tránsito sufre la explotación económica y el maltrato de la mujer para quien trabaja como empleada doméstica, la cual finalmente la despide porque erróneamente cree que la muchacha la ha robado. Tras ser despedida Tránsito comienza a deambular por la ciudad sin rumbo fijo, temiéndole siempre a las autoridades que acosan a todos los “sospechosos” que encuentran por las calles. En todos los lugares a los que llega es víctima de una nueva forma de maltrato: su vida transcurre en cuartos alquilados, patios de cárceles, expendios de chicha y prostíbulos, donde se la viola y se la humilla repetidamente. En medio de estos ambientes Tránsito se encuentra con el Alacrán, un ladrón de ínfima categoría, quien manifiesta su interés por irse a vivir con ella. Sin embargo, una resolución sentimental de la situación de Tránsito no es posible en la novela, pues la mujer se convierte en una víctima de la ira y el resentimiento del hombre. Así, al día siguiente de irse juntos “el hombre avanzó sobre ella, que retrocedió hasta la pared que la detuvo. Un odio asesino le nublabla las pupilas que reflejaban una crueldad carnicera. Cuando la tuvo a su alcance extendió la mano con rápido ademán y le cruzó el rostro de un puñetazo” (144).

Aunque el narrador se centra en el sufrimiento de Tránsito, a lo largo de la novela desfilan una variedad de personajes de los bajos fondos que también representan el padecimiento del pueblo y la imposibilidad de construir una “comunidad imaginada”. Las vidas de personajes como La Cachetada, el Alacrán, Manueseda, el Asoliao y otros ayudan a completar el cuadro de injusticia que pinta Osorio Lizarazo. Si bien la mayoría de ellos son presentados de manera negativa, Osorio Lizarazo resalta su carácter de víctimas y así parece justificar el resentimiento, en primera instancia inconsciente, que la injusticia social les ha

generado. Así, al hablar del Alacrán, por ejemplo, el narrador habla de la falta de afecto y los abusos que experimentó desde la infancia y luego se pregunta: “¿Alguno de los sociólogos que se horrorizan ante los excesos de la criminalidad infantil y adulta ha analizado el espectáculo de los niños dormidos en los portones, hace veinte años, cuando los rateros de hoy empezaban su carrera en la vida?” (99).

Para Osorio Lizarazo no hay una separación entre el pueblo explotado que describe y la figura de Jorge Eliécer Gaitán. Tal y como afirma un personaje, Gaitán “es puro pueblo” (222) y por lo tanto es el representante legítimo de las masas anónimas. Así, si Gaitán se había propuesto “despertar la conciencia del hombre esclavizado” (268), su asesinato equivale al incumplimiento de la promesa redentora del líder. La rebelión aparece en la novela como una manifestación espontánea de la ira de ese pueblo ante la destrucción de su esperanza, la acción desordenada de individuos “borrachos de whisky y de odio” (279). La muerte de Tránsito en medio de la revuelta es por eso tal vez el único desenlace posible.

En resumen, más allá de las diferencias políticas, en los textos escritos en torno al Bogotazo durante la década del cincuenta se puede detectar la recurrencia insistente de una serie de metáforas biológicas, físicas y naturales para hablar de la nación. Dichas metáforas, mediante las cuales la literatura de la época pretende dar cuenta de los sucesos del Nueve de Abril, constituyen el soporte sobre el cual se apoyará frecuentemente la narrativa posterior. Así por ejemplo, es común en dichas novelas la referencia al cuerpo femenino como símbolo de la nación, pues en él se plasman ya sea las promesas de una nación reconciliada o el desencanto de la imposibilidad de obtener dicha reconciliación. Si bien en las novelas aquí discutidas se repiten las metáforas del amor heterosexual que, como anota Doris Sommer, son frecuentes en la narrativa latinoamericana desde el siglo XIX para hablar de la nación, los textos escritos en torno al Nueve de Abril, en su mayoría, tienden a utilizar dichas convenciones para hablar de la imposibilidad de la unión nacional o de su postergación hasta un futuro utópico, dejando así en evidencia el carácter traumático que adquirieron estos hechos dentro de la cultura de la época.

Notas

- 1 Este artículo se apoya en dos textos míos publicados anteriormente, a saber: “Ciudad y nación en las novelas del Bogotazo” y *La ciudad fragmentada: una lectura de las novelas del Bogotazo*. Amplíe aquí el análisis que aparecía en ellos al incluir una novela no discutida anteriormente. Mi trabajo anterior se centraba en los aspectos lingüísticos de las novelas y el problema de la representación del lenguaje popular, de la ciudad fragmentada y de la figura de Gaitán como encarnación del pueblo, mientras que aquí me ocupo de las metáforas de la nación.
- 2 Véase, por ejemplo, el libro de Edison NeiraPalacio, *La gran ciudad latinoamericana: Bogotá en la obra de José Antonio Lizarazo* (2004).
- 3 Dado que me interesa aquí discutir novelas de la década del cincuenta, no he incluido *La calle 10* (1960), de Manuel Zapata Olivella, la cual debería ser tenida en cuenta dentro de un estudio más amplio.
- 4 “Afirmar la pertenencia nacional mediante metáforas de la familia y sexuales que comparaban a la nación con la familia y los lazos de la ciudadanía con la fuerza del deseo sexual”.
- 5 Cabe mencionar que en la realidad dicho asesor fue el futuro presidente, líder conservador y enemigo declarado de Gaitán, Laureano Gómez, con lo cual queda clara la tendencia política de este texto.
- 6 Para Stevens, en la cultura latinoamericana prevalece la idea de la fortaleza moral de la mujer, mientras que “men must be humored, for, after all, everyone knows that they are *como niños* (like little boys) whose intemperance, foolishness, and obstinacy must be forgiven because ‘they can’t help the way they are’” (Stevens, (1994) [1973]: 9).

Obras citadas

- Anderson, Benedict. *Imagined Communities; Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London: Verso, 1991.
- Andrade, María Mercedes. *La ciudad fragmentada: una lectura de las novelas del Bogotazo*. Cranston, Rhode Island: Ediciones Inti, 2002.
- . “La ciudad y la nación en las novelas del Bogotazo”. En: Jaramillo, María Mercedes/ Osorio, Betty/ Robledo, Ángela (Eds.). *Literatura y cultura; literatura colombiana del siglo XX, Vol. II*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2000:184-213.
- Appelbaum, Nancy, Anne S. Macpherson y Karin Alejandra Rosenblatt, “Introduction: Racial Nations”. En Appelbaum, Nancy/ Macpherson, Anne S./ Rosenblatt, Karin Alejandra (Eds.). *Race and Nation in Modern Latin America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, 2003: 1- 31.
- Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán; vida pública y violencia urbana en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1987.

-
- Escaja, Tina. "Autoras modernistas y la (re)inscripción del cuerpo nacional". En Balderston, Daniel (ed.). *Sexualidad y nación*. Pittsburg, P.A.: ILLI, 2000: 61-75.
- Gómez Corena, Pedro. *El nueve de abril; novela*. Bogotá: Editorial Iqueima, 1951.
- Gómez Dávila, Ignacio. *Viernes 9*. México, D.F.: Impresiones Modernas S.A, 1953.
- López Michelsen, Alfonso. *Los elegidos*. México, D.F.: Editorial Guaranía, 1953.
- Neira Palacio, Edison Darío. *La gran ciudad latinoamericana: Bogotá en la obra de José Antonio Lizarazo*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2004.
- Osorio Lizarazo, José Antonio. *El día del odio*. Buenos Aires: Ediciones López Negri, 1952.
- Pareja, Carlos H. *El Monstruo: novela*. Buenos Aires: Editorial Nuestra América, 1955.
- Pécaut, Daniel. *Crónica de dos décadas de política colombiana; 1968.1988*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1988.
- Sommer, Doris. *Foundational Fictions: The National Romances of Latin America*. Berkeley: University of California Press, 1991.
- Stevens, Evelyn P. "Marianismo: The Other Face of Machismo". En Yeager, Gertrude M. (Ed.): *Confronting Change, Challenging Tradition: Women in Latin American History*. Wilmington, DE: S.R. Books, 1994: 3-17.
- Zapata Olivella, Manuel. *La Calle 10*. Bogotá: Prolibros Ltda., 1986.